



Costa du Rels, testimonio de un pasado superado

"Ausencia de la gran novela minera"

Adolfo Costa du Rels es un buen escritor, sobre todo buen cuentista y que de manera reiterada incursiona en el tema minero. El país imprime su sello en el literato.

Es una de las grandes figuras de la generación de Alberto Ostría Gutiérrez, Ignacio Prudencio Bustillo y tantos otros. Este último influenció poderosamente sobre sus compañeros de armas; educado en Europa, hombre culto, bien informado y de una mentalidad inconfundiblemente liberal, liberal a la europea, causó merecida sensación en Bolivia. Sin embargo, de igual manera que Costa, no pudo ocultar las profundas huellas que en él dejó la "cultura" chuquisaqueña, tan firmemente entroncada en la aristocracia terrateniente y que se nutrió de los jugos elaborados por esa alquimia que sabía trocar el sudor, las lágrimas y la sangre de los pongos en rutilantes monedas de oro, que a los gamonales les permitía llevar rumbosa existencia en los lupanares de París. Estos intelectuales, unos más que otros, fueron las mayores floraciones que pudo dar la rosca boliviana.

La chatura del ambiente confundió el liberalismo y la tolerancia proverbiales de Prudencio Bustillo con el socialismo. Por ahí se dice que este joven intelectual es nada menos que el precursor de las ideas revolucionarias en Bolivia.

En sus momentos de mayor radicalismo y también de bohemia, los jóvenes intelectuales chuquisaqueños pusieron en práctica su obra más osada: la universidad femenina. Las damas de la rancia aristocracia escuchaban embebidas las disertaciones informativas del grupo formado alrededor de Prudencio, que tuvo el enormísimo mérito de calar hondo en la crítica literaria de los escritores bolivianos.

Costa du Rels ha alcanzado a convertirse en el picacho más elevado de la cultura rosquera, que los irresponsables llaman boliviana. En realidad, no hemos conocido más que esa cultura. No en vano la feudal burguesía explotó al país como a su propia hacienda y pudo, al mismo tiempo, oficiar de casta gobernante y de dueña de bibliotecas, archivos, etc, que dificultosamente pudo rumiar en sus largos períodos de ocio bien rentado. Se explica que los literatos más notables de la rosca hubiesen crecido y fructificado en el muelle ambiente diplomático.

De una manera general, la chatura cultural de la rosca es una expresión de las limitaciones, incapacidad y parasitismo de la clase dominante, que vende su obsecuencia a cambio de algunas migajas que le arroja el amo imperialista.

Políticamente, y también como literato, Costa du Rels es un exponente de los intereses de la rosca boliviana. Juzgarlo únicamente como literato es una forma de no comprenderlo.

En 1946, calificó a la contrarrevolución de julio, dirigida y protagonizada por la alianza rosca-stalinismo, como una "revolución libertadora" habiéndose identificado de manera total con ella. Costa du Rels encarna, pues, a la contrarrevolución. Su obra literaria, notable por su calidad más que por su número, muestra las huellas indelebles de su filiación política.

Últimamente se ha pretendido, por propios y extraños, presentarlo como paradigma de la cultura boliviana y en calidad de tal se lo ha propuesto para el premio Nobel. La nación oprimida, que está contra la rosca y su cultura, de ninguna manera puede sentirse representada por Costa du Rels. Sus indiscutibles méritos

literarios no pueden hacernos olvidar que se encuentra ubicado al otro lado de la trinchera, que sirve con esmero a la clase dominante.

Costa es poeta, autor de teatro, cuentista. Constituye un fenómeno excepcional en el manejo adecuado de la sintaxis y del idioma español. Generalmente nuestros escritores piensan en aymara o quechua y están obligados a traducir su pensamiento a un idioma que les es extraño, el castellano. En este forzado proceso de castellanización se percibe de lejos el predominio de una sintaxis por demás exótica. No deja de ser extraño que el chuquisaqueño Costa du Rels maneje tan bien el idioma de Cervantes, cuando cotidianamente en Sucre los intelectuales se precian de hablar sólo en francés o quechua.

Podemos decir que Costa es, por excepción, un literato profesional. Ha dedicado su vida a labrar obras preciosas de arte, esto pese a que él se queja mucho de que la diplomacia le hubiese quitado tantas horas valiosas a su actividad de escritor.

Costa escribe en una época en que la clase obrera boliviana ya protagonizaba grandes batallas contra la opresión. Sin embargo, en su obra literaria no encontramos ecos de esta realidad que tanto preocupa a los poderosos.

a) "El Embrujo del Oro"

En los relatos que componen el volumen está presente, descrito con maestría, el cateador, el minero típico de pasadas épocas.

La minería boliviana por mucho tiempo no fue otra cosa que la búsqueda de los ricos filones de mineral por hombres osados y aventureros. Durante la República y particularmente en el siglo XX, muy pocas minas nuevas han sido descubiertas, casi todas ellas fueron conocidas desde la época del Incario y de la Colonia. Las más de las veces, los cateadores no sólo tuvieron que enfrentarse con la arisca naturaleza, sino que tuvieron que batallar tesoneramente para arrancar a los campesinos los secretos que sobre minas fabulosas guardaban celosamente. Los cateadores formaron parte de una determinada realidad social y económica y en este sentido "El embrujo del oro" puede considerarse como un valioso testimonio.

El cateador, que corresponde a un período anterior a la formación de la gran minería, era a la vez un pequeño empresario y obrero habituado a manejar la barreta y el martillo, lo que le permitía perforar esbozos de socavones y extraer las preciadas muestras de minerales. Ingeniero empírico, tenía algo del instinto del químico: sabía darse cuenta de las posibilidades de riqueza que contenía un pedazo de roca, ésto con ayuda del olfato, saboreando la muestra o bien sometiéndola a elementales pruebas de dureza. Puede ser que todo esto fuese la apariencia, el tegumento del cateador, porque, como bien dice Costa du Rels, la ansiedad de perseguir la fortuna por la áspera corteza de los Andes acababa por convertirse en pasión devoradora, comienzo y fin de la vida del cazador de minas.

El cateador contratava ocasionalmente los servicios de los campesinos para las tareas más duras y siempre continuaba siendo un extraño a ellos. El campesino soportaba la poderosa presión del hombre sediento de riqueza y poder y a veces se convertía, a medias, en el social, taciturno y resignado, de la aventura. El cateador, bien o mal, era un hombre que tenía el enorme coraje de enfrentarse solo a la naturaleza no hollada hasta ese momento, esto aunque los buscadores de minas a veces concluían poniendo en pie informales empresas. El cateador acababa comprendiendo que era apenas una alimaña indefensa cogida en las garras de las todo poderosas fuerzas de la naturaleza y en tal estado de ánimo resultaba magnífico conductor para las supersticiones que le venían del campesino y del propio mundo ignorado que le rodeaba. Codeándose con lo desconocido concluía absorbido por un mundo demoníaco.

Costa vivió en medio de cateadores, su padre lo fue. Por esto mismo sus descripciones son tan vívidas, tan llenas de belleza, porque no son más que la transformación en imágenes de las vidas lanzadas a la descomunal aventura de la cacería de tesoros minerales.

En los cuentos de Costa du Rels prácticamente no hay obreros. De, igual manera que en Mendoza, Costa ha escogido a su personaje mejor trabajado entre los estudiantes chuquisaqueños fracasados que se vieron obligados a ir a buscar fortuna en las minas lejanas.

Cuando trata este tema aparece Costa de cuerpo entero, como el representante más consciente no sólo de los intereses de su clase, sino incluso de sus prejuicios.

Cuando describe los encantos de Claudina y la forma astuta, casi programada, en la que seduce al joven "decente" Joaquín Avila, logra sus mejores páginas.

Para Costa el encholamiento es una tragedia, una tragedia que marca a fuego a una gran parte de la sociedad boliviana. Es fácil deducir que para él la mujer, al menos la mujer del pueblo, encarna la maldad. La chola degrada lo que toca. El encholamiento significa, para el estudiante venido a menos, perecer en el lodo. Por este camino no se puede ir a una mejor sociedad, pues se sugiere que la sociedad burguesa correspondería a la naturaleza humana.

Es aquí donde aparece íntegro el Costa reaccionario. Se opone con toda nitidez a la tesis sentada por Carlos Medinacelli en sentido de que la chola importa el retorno a la tierra, la superación y regeneración de los intelectuales decadentes. Jaime Mendoza ha descrito también a una Claudina, como la síntesis de los encantos femeninos, pero de ninguna manera como la hembra que devora y degrada.

b) "Los Andes no creen en Dios"

Qué lástima que Costa hubiese escrito esta presunta novela. Repite el tema del "Embrujo del Oro", sin lograr el vigor y la belleza de sus primeros cuentos. De lejos se percibe que ha ingresado a su decadencia como literato y hasta aparece con ropaje moralizante.

Casi no es una novela, hay una visible falta de unidad interna. Muchos relatos escapan del contexto y otros parecen traídos de los cabellos. Se tiene la impresión final de que varios cuentos han sido yuxtapuestos. Tal vez sea este el precio que paga por intentar estructurar una novela en los moldes modernos.

Nuevamente el cateador, esta vez formando parte de un grupo de "arcángeles". Otra vez mostrando su tremenda inferioridad ante la naturaleza, víctima de la superstición y de la pasión de la aventura. Pero es indiscutible que el relato es real, lleno de sugerencias, polifacético. De la lectura emergen las ideas reaccionarias de su autor; lo que ciertamente no daña la creación literaria.

Lo que está mal, tremendamente mal, es el enunciado a priori de sus conceptos sobre la prostitución y sobre la mujer. Costa en estos pasajes, ha dejado de ser artista, para dar lugar al moralizador, al vendedor de baratijas. ¡Qué monótonas y cansadoras son las descripciones del prostíbulo a cuatro mil metros de altura! ¡Qué artificioso y cursi es eso de la batalla de las mujeres perdidas en busca de la redención cristiana! En fin, ¡qué ridículo el mezclar prostíbulo con chauvinismo!

En los primeros momentos de estructuración de las grandes empresas, los patronos tuvieron que resolver a su modo el problema sexual de los obreros, que obligadamente tuvieron que concentrarse en inhóspitos parajes. Los capitales que vinieron del exterior, trajeron, al mismo tiempo que la tecnología y los especialistas, a prostitutas, con las propias modalidades que tiene la trata de blancas en otros países. En las minas bolivianas de antaño las prostitutas eran las "chilenas", que traficaban con el placer, ciertamente en búsqueda de dinero, en típicos burdeles ("las casas de niñas"), que eran también centros de reunión social. Algunas de estas particularidades están descritas por Costa.

Los "arcángeles" se convirtieron en el canal necesario para que los yacimientos de minerales desembocasen en las grandes empresas, es decir en manos del capital financiero. Los cateadores no eran ciertamente aventureros que únicamente confiaban en su buena estrella, los más actuaban como tentáculos manejados por poderosos empresarios, recibían habilitación, convenían, opciones de compra sobre hipotéticos descubrimientos, etc. El cateador de fortuna se daba perfecta cuenta de haber dado un golpe maestro porque estaba potenciado por el capital financiero. No deja de ser curioso, aunque explicable, que esos anónimos y apasionados buscadores de filones metalíferos concluyesen moviéndose en las redes que tan cuidadosamente iban tendiendo los intereses foráneos para poder apoderarse de la minería boliviana. En Costa hay algunos atisbos al respecto y éstos adquieren valor documental si se quiere comprender el desarrollo fetal de nuestra minería.

La pasión devoradora de los arcángeles llena todo un período de la historia de nuestra minería El escrito

novelístico es el testimonio de una época que ha sido superada para siempre. Sin embargo, no puede afirmarse de que en la actualidad ya no hayan cateadores. Persisten los osados aventureros en su empeño de alcanzar la fortuna de un momento a otro y siguen deambulando a lo largo y a lo ancho de la cordillera. Pero, como institución ha sido opacada por las grandes empresas, que poseen ingentes recursos que les pueden permitir utilizar avanzada tecnología para la búsqueda de yacimientos de minerales.

Los arcángeles están con las alas plegadas han perdido su grandiosidad. Ya no son imprescindibles para hacer posible la explotación capitalista del subsuelo.

Se puede anotar con certeza que la descripción de los arcángeles es uno de los aportes de Costa a la literatura boliviana; además, es un relato que perenniza una forma particular de la actividad minera. El testimonio cobra significación, precisamente, porque nos hace conocer una institución que prácticamente ha desaparecido.

Por los elementos pasionales que contiene la actividad del cateador, bien puede éste convertirse en el personaje de una gran novela. Se trata de una materia prima que puede permitir formidables creaciones artísticas. Los cuentos de Costa confirman lo que decimos.

El reaccionario Costa coloca, al finalizar "Los Andes no creen en Dios", una cita de Dostoyewsky, que permite vislumbrar el amanecer socialista como promesa de liberación de los explotadores. Una concesión formal a la época.

Las descripciones hechas por Costa de los Andes y del Altiplano son acertadas y bellas. Ha hecho literatura sobre la prehistoria de la minería y no se ha planteado la posibilidad de convertir en personaje de la creación literaria al obrero asalariado o al proletariado como clase. Por esto mismo, cierra para sí la posibilidad de crear la gran novela minera, ausente hasta el momento en nuestra literatura.

El que dé las espaldas a la clase obrera, el que ignore su existencia y sus luchas no deja de ser sugerente. Trata el tema minero y los arcángeles se convierten, en definitiva, en una especie de fuga para no enfrentarse con la actual realidad, punzante y comprometedor por muchos conceptos. El reaccionario Costa tiene plena conciencia de que no podría tratar debidamente al obrero minero como personaje central de sus creaciones. Serán los proletarios y no los arcángeles, los que construirán el socialismo.

No deja de ser extraño que el europeo culto -chuquisaqueño por azar, debe toda su formación al viejo continente- no caiga en la desviación extranjerizante. Retorna a la tierra y de una manera por demás vigorosa. Decimos estos porque deliberadamente escoge la temática boliviana para sus creaciones artísticas. Habiéndose codeado con el modernismo, no es indigenista en ningún momento y mucho menos socialista. El modernismo latinoamericano tuvo no pocas vinculaciones con el movimiento socialista; pero, en Bolivia fue la afirmación del indegenismo.

Cuando los sectores de la clase dominante asentados, por lo menos a medias, en la minería que comenzó a mostrarse pujante, llegaron al poder, se plantearon la necesidad de conocer el país, de analizar sus problemas, de volcar la inquietud intelectual y literaria a la búsqueda de la fisonomía de Bolivia. Se trataba de una necesidad de la época y dentro de ella encaja perfectamente la creación literaria de Costa du Rels.